



VII

Ataque fallido.

LA presidenta, que después de los últimos tumultos, había perdido la serenidad y hubiese negado de buena gana la palabra á todos, miró cautelosamente hacia el lugar de donde había salido aquella voz, reconociendo, con asombro, en un palco proscenio, próximo al escenario, á Lironi, profesor de Economía política en la regia Universidad. No obstante, venció su extrañeza como mejor pudo, y le concedió la palabra.

—No haré más que algunas breves observaciones al discurso del señor Brandini, comenzó diciendo el profesor. Él propone el evolucionismo orgánico y biológico como el fundamento científico del evolucionismo social y del feminismo. Para ello dice: «Nada se ha hecho, todo *deviene*. La creación es un absurdo, la transformación ó la evolución explica el origen de todas las cosas y de todos los fenómenos de la vida.» Si nada se ha hecho, la materia es eterna, esto es, sin principio; si todo *deviene*, los varios grados de vida vegetativa, sensitiva y humana, se han desarrollado, por una serie infinita de transformaciones, de la materia inerte é inorgánica. Por lo tanto el ora-

dor socialista, haciéndose hoy abogado del feminismo, quiere que las mujeres renuncien á la fe en Dios, creador omnipotente y pródigo gobernador del cielo y de la tierra, para imponerles sus dos prodigiosos actos de fe: el uno, el de la materia bruta que existe por sí, sin depender de ninguna cosa; el otro, en el origen del movimiento de aquello que no se mueve, de la vida de aquello que está muerto, de la inteligencia de aquello que no entiende, del orden en el caos. A cambio de la fe en Dios se quiere la fe en la materia eterna y omnipotente, para rehabilitar al proletariado con el socialismo y á la mujer con el feminismo.»

Mientras el profesor hablaba de este modo, el pueblo soberano de las galerías no mostraba ningún deseo de escucharle con atención. Se charlaba en alta voz para apagar sus palabras. Aquí y allá se estornudaba ruidosamente, provocando la hilaridad general.

Pero el orador, continuó sin descomponerse:

—Haced, pues, estos dos actos de fe, oh, mis excelentes obreras, ya que vosotras sois las que debéis resultar doblemente emancipadas, con el socialismo como trabajadoras y con el feminismo como mujeres. Pero antes recordad el famoso cuento del huevo y de la gallina y permitid que yo os pregunte si en la transformación de las varias especies el primer huevo, ha salido de la primera gallina, ó la primera gallina del primer huevo. ¡En ambos casos tenemos un hermoso milagro de la evolución; un huevo que no procede de la gallina ó una gallina que no sale del huevo! ¡Milagro extraordinario, especialmente para los evolucionistas que ni siquiera admiten la posibilidad del milagro y todo lo explican por leyes ordinarias de la naturaleza!

¿Pero no es enteramente contrario á las leyes naturales que el huevo no proceda de la gallina, ni ésta del huevo? No, responden los evolucionistas, porque ese huevo y esa gallina han pasado por infinitos estadios intermedios, antes de alcanzar la

forma presente. ¿El uno y la otra, ó ambos? Y si es uno sólo, ¿cuál de los dos? ¿Y por qué uno sí, y otro nó? Si es el huevo, ¿en qué consiste que una substancia tan imperfecta, y que en sí no tiene nada de orgánico, proceda un ser tan perfecto como el pollo, que apenas salido del cascarón comienza á picotear el alimento? Si es la gallina, ¿en qué consiste que un animal tan perfecto proceda de un ser tan imperfecto como el huevo? ¿Cómo se explican estos dos saltos, uno hacia adelante y el otro hacia atrás en la escala de la evolución? Si todo se debe á ella, ¿dónde están los rastros y las pruebas de semejantes transformaciones? ¿Por qué, desde hace cinco mil años, los estudios de la moderna geología nunca se ha demostrado por confesión terminante de Virchow, en el Congreso antropológico de Viena de 1889, la supuesta transformación de las especies? ¿Por qué también en el Congreso de los naturalistas, verificado en Múnich en 1877, este ilustre sabio declaró que no existía un solo hecho positivo para justificar la hipótesis de la generación equívoca ó espontánea; es decir, el paso evolutivo de lo inorgánico á lo orgánico? ¡Cuántos misterios!

Pero vengamos al nervio del argumento. La selección natural, hasta hoy favorable al hombre, lo será en lo sucesivo para la mujer; luego la superioridad de ésta queda asegurada. El señor Brandini ve correr al galope la evolución y la selección, mientras una y otra marchan, si es que existen, á paso de tortuga. La biología lo demuestra...

Evidentemente el bravo profesor se volvía temerario ante semejante público. Su tono frío y acompasado de catedrático aumentaba las antipatías de la concurrencia. Crecía, por lo tanto, el rumor del público y la confusión llegaba hasta el punto que apenas si los espectadores más próximos á él, lograban entender el sentido de sus palabras; de aquí que la presidencia se mostrase muy satisfecha, sin cuidarse de imponer el orden, ni de recomendar la calma y el silencio. Pero el orador, absorto

en sus pensamientos, continuaba impertérrito, en medio de aquel estrépito con la misma tranquilidad que si se dirigiera á sus discípulos.

No obstante, cuando recordó el juicio de Moebius y de otros sobre la inferioridad fisiológica y mental de la mujer, una silba formidable salió de las butacas y se difundió por todo el techo.

El impenitente profesor esperó á que pasara la tormenta y luego continuó con la misma flema:

—Me disgusta que me hayáis entendido mal. No he citado á Moebius más que para rectificar sus opiniones, porque aun cuando se demostrara la inferioridad del desarrollo cerebral de la mujer, no se podría deducir ningún argumento de ello contra la inteligencia femenina, la cual inteligencia es una facultad del espíritu, y por lo mismo independiente de la mayor ó menor densidad del organismo corpóreo.

Pero no puedo decir lo mismo, cuando él sostiene que obligar á la mujer á la idéntica actividad mental se torna en perjuicio de la procreación, y que la verdadera maternidad y las labores mentales serán siempre incompatibles entre sí. Otro ilustre sabio de Tolosa, en sus *Conflictos inter-sexuales y sociales* ha reunido una infinidad de hechos, sobre las profesiones que pudiera desempeñar la mujer sin desatender el gobierno de la familia y los medios para evitar la prostitución en Francia. A esta noble tarea de rehabilitación física y moral de la mujer, debiera dedicarse la obra del feminismo, en lugar de trastornar su cerebro con vanos juegos de retórica sentimental, que promueven y alimentan un fanatismo tanto más funesto, cuanto la mujer está más expuesta que el hombre á la exaltación y al desequilibrio mental.

Nuestro Cardosi, en sus *Cuestiones familiares* demuestra con gran copia de razones, que hasta con una forma económica diversa de la actual por la abolición de la propiedad privada y de las clases sociales, no podrá cesar nunca la necesidad que tie-

nen los hijos de ser protegidos y educados por sus padres, para llegar á vivir como conviene á la sociedad civil, pues la convivencia de la sociedad conyugal es indestructible y se forma por ley natural, por una necesidad biológica no peculiar á la especie humana, sino común á todas las familias animales.

Dicho esto, concluyo con Bossi, en su bellissimo ensayo sobre la *Delincuencia femenina en Nápoles*, que mientras los cuidados de la maternidad ocupen gran parte de la vida de la mujer, será imposible que ella pueda hacer victoriosa concurrencia al hombre, en las luchas de la vida. Rechazo el juicio demasiado severo de Moebius, que quisiera suspender todas las escuelas femeninas, considerándolas inútiles; pero no puedo menos de convenir con el del primer alienista moderno Kraft-Ebbing que le dice: «Sembráis el histerismo.»

La perfecta paridad de la mujer con el hombre y su verdadera emancipación no consisten, de ningún modo, en *virilizarla* contra su naturaleza, para hacer de ella una verdadera caricatura masculina, sino en cultivar y desarrollar su feminilidad y su maternidad, donde residen su reino, su dignidad y la paz y en dominar al hombre con la soberanía del corazón. El hombre y la mujer son como un cofrecillo con dos llaves; sólo con ceder al hombre la llave de la mente, puede poseer la esposa la llave del corazón.

Desde lo alto de las galerías, frente por frente del profesor, se oyó un agudo maullido, al cual siguieron otros muchos con grandes carcajadas finales.

Pero el incorregible profesor siguió impávido en su arenga:

—Si mis gentiles oyentes no aceptan la autoridad de los escritores citados, porque todos ellos tienen la culpa enorme de ser hombres, querrán al menos aceptar la autoridad de una mujer, es decir, la de nuestra genial *Neera*, la cual, en sus *Ideas de una mujer*, confirma todas las opiniones de aquéllos contra la doctrina de la emancipación. Para ella el problema del femi-

nismo no puede ser resuelto más que por un acrecentamiento de la feminilidad. Elocuente, sincera, conmovedora, es la elocuencia con que defiende la feminilidad de la joven, de la esposa, de la madre, la dignidad del tálamo y de la cuna contra sus torpes impugnadores.

A sus hermanas en Eva, seducidas por el brillo de la gloria, les muestra el reverso de la medalla; á aquellas que se agitan por una instrucción igual á la del hombre, les recuerda las palabras de Isabel de Austria: «Entregándose demasiado al estudio, la mujer desampara una parte de sí misma.» A la dificultad en que se encuentran todas las mujeres de ser madres, responde que todas debieran serlo; porque es preferible un matrimonio, aun poco feliz, á una existencia solitaria entre los placeres y el estudio. A las mujeres que no han dado á luz, entre dolores, al hijo de las propias entrañas, dice: «Concebid moralmente; sed madres de un huérfano; sed maternas con el amigo, con el delincuente. El mundo tiene necesidad de educadores. La mujer que sabe educar, que desarrolla un alma, es madre aunque sea doncella; ocupa, pues, la primera dignidad feminil.»

El más dichoso poema es el de una madre.

Desde este punto de vista confieso que prefiero el feminismo de Vicente de Paúl, que ha poblado el mundo de hijas y de hermanas de la Caridad (cuyo corazón, como dice sublimemente Dumas, es inmensamente más fecundo que el útero materno), al feminismo *integral* que defiende en Italia la señora Schwitzer.

Esta y otras muchas cosas más dijo el profesor Lironi, entre las protestas cada vez más ruidosas del público. Ni habría cesado todavía de hablar, si al fin, no se hubiese dado cuenta de que le era imposible continuar.

Su discurso fué un verdadero desastre... Ni un bravo, ni una palmada, sino un rumor de exclamaciones irónicas coreó sus últimas palabras.

Para dominar el ruido fué preciso que la presidencia agitase

una porción de veces la campanilla; mientras tanto el estado mayor también tomó parte en la tarea de calmar aquella borrasca terrible.

Finalmente se restableció el silencio. El efecto de tanta energía fué rápido. Todos contenían hasta el aliento.

En su rectificación, el Sr. Brandini declaró ante todo solemnemente, que no valía la pena de responder á las divagaciones pseudo-científicas del *ilustre* Lironi, porque así se relacionaban con sus argumentos como los elefantes con los micos. Y pasándose la mano por los cabellos, recalcó con gran energía los puntos principales de su arenga, afirmando sus pruebas en nuevos hechos sociales.

Y luego concluyó majestuosamente:

—Salid, pues, ¡oh hijas generosas del pueblo!, del envilecimiento á que os ha condenado la tiranía del hombre egoísta; despertad en vuestros pechos la conciencia de la dignidad conculcada y la llama de vuestras imprescriptibles reivindicaciones. Uníos, organizaos en el gran ejército del feminismo nacional é internacional. Imitad al socialismo en romper el yugo que os oprime, cread un nuevo orden de principios y de hechos, en el cual no haya ni siervos ni amos, ni verdugos ni víctimas, sino todos iguales, todos hermanos y hermanas.

Sí, todos iguales en derechos y deberes, hermanos y hermanas en la comunidad del trabajo y en la unidad del amor. No más la mujer encorvada bajo el peso de la tiranía del hombre: no de rodillas sino en pie; no ya encarcelada entre cuatro paredes, sino la mujer libre, la mujer orgullosa y consciente de su dignidad y de sus derechos, la mujer soberana; no es, en suma, la mujer de la escoba, la bestia, sino la mujer franca, la mujer consciente de su dignidad y de sus derechos. En nombre, pues, del proletariado, de quien constituyen las mujeres la parte más gentil y más delicada, yo proclamo en esta solemne reunión la soberanía de la mujer, y declaro que el socialismo concederá

siempre al feminismo todo su apoyo material y moral, para el triunfo de sus comunes ideales.

Esta última soflama produjo gran efecto. El pueblo soberano de las galerías, como movido por una descarga eléctrica, prorrumpió en una estruendosa ovación que se prolongó durante varios minutos. La presidenta que, hasta aquel momento, había temblado por el éxito del gran duelo oratorio, abandonó radiante de alegría su sillón, para felicitar á Brandini. El público, que estaba un poco cansado de aquella interminable discusión, una vez terminados los aplausos y los vítores al orador socialista, recobró de nuevo sus derechos de innata locuacidad.

Era tal el murmullo, que parecía que se había echado el telón después del último acto, cuando se aguarda la farsa.



VIII

Epílogo y farsa.

EN medio de aquel rumor, el profesor Lironi trató de volver á la carga gritando á voz en cuello:

—¡Pido la palabra!

Todos se volvieron hacia aquella parte. Hubo un momento de estupor; pero de pronto estalló la tempestad. Se oyeron voces secas, agudas, nerviosas.

—¡No, no, no!

—¡Basta, basta!

—¡Ha hablado demasiado!

—¡Que vaya á que le aplaudan los clericales!

—¡Abajo los profesores!

—¡Que se vayan á hacer calceta!

—¡A que le aplaudan!

—¡Viva el feminismo!

—¡Viva Brandini!

—¡Viva la señora Svizera!

—¡No, Schicaara!

A este doble destrozo de aquel nombre ilustre, la hilaridad

se comunicó, como una sugestión fatal, al propio séquito de la presidencia. Hasta parecía que reían las figuras pintadas en el techo y los mascarones de las cornisas. En medio de aquella algazara, sólo la Presidenta, estaba seria, orgullosa é impasible, como si debiera ella realzar la dignidad de la asamblea y salvar su decoro.

Cuando se levantó afortunadamente la señora Lisardi, vicepresidente de la asamblea, que como hemos dicho debía hablar sobre el segundo artículo de la orden del día, y hacer uso de toda su experiencia profesional como profesora del Liceo, creyó llegado el momento de poner un poco de orden en aquella barahunda y asegurar, con un acto de energía, el éxito final de la jornada.

Hizo, pues, resonar largamente la campanilla, añadiendo con el mango de bronce una tempestad de golpes sobre la mesa. Habiéndose restablecido el silencio, Sara, en acento vibrante y solemne, dijo:

—¡Tres horas hace que estamos discutiendo y aun no se ha agotado siquiera el primer punto del programa! Las razones generales que abogan en favor del feminismo internacional, han sido expuestas brillantemente por el ilustre orador señor Brandini, y los esfuerzos del profesor Lironi, para refutarlas, no sirvieron más que para probar mejor la evidencia de ellas. La discusión fué libre, serena, objetiva y para nosotros triunfante. Un verdadero plebiscito de entusiasmo y de aplausos ha coronado el éxito de nuestros esfuerzos. ¡El feminismo existe! Ninguna fuerza en el mundo podrá impedir su marcha triunfadora. Felizmente hemos salido á la luz del sol, hemos desplegado nuestros bajeles, y vamos conscientes á la conquista de nuestros ideales. O el hombre declara que la mujer le es igual en todo y por todo, ó la mujer lo hará prevalecer contra él.

Aplausos ruidosos. Gritos de entusiasmo en las galerías. Agitación en todo el teatro.

La profesora agita la campanilla, extiende el brazo para imponer calma; y después continúa:

—Los aplausos, amigas mías, nada valen si no van seguidos por hechos. Permaneced dignas, tranquilas, y dejadme recoger el hilo de nuestra discusión, para determinar el éxito y asegurar los efectos de la actual Asamblea. Mañana leeréis en los periódicos de todos los colores, que ésta ha sido una verdadera mascarada. Dejadles hablar, pero no deis motivo para que censuren con razón. Calmaos, pues, y escuchadme, si queréis que esta reunión dé todos sus frutos y se llegue pronto á las conclusiones. Decía que no se había agotado el primer tema, porque nada se ha dicho de las razones especiales que hacen necesario el movimiento feminista en Italia. ¡Pero no importa! Los motivos que militan en pro del feminismo en todos los países civilizados, demuestran evidentemente su urgencia, sobre todo en Italia, donde la mujer está peor tratada por el egoísmo masculino que en cualquier otra nación. ¡Harto lo sabéis vosotras por experiencia, oh pobres víctimas! Y no obstante, la mujer italiana sería capaz no sólo de igualar, sino de superar al hombre en todos los oficios y en todas las profesiones. Si fuere lícito recordar un ejemplo personal, yo diría que no me avergüenzo delante de ninguno de mis colegas del Instituto. Y sin embargo, confieso sinceramente que en materia de aptitudes para el estudio, no me considero superior á la más humilde campesina italiana.

Y toda vez que el primer punto de la orden del día se puede considerar como agotado, yo propongo que se vote por aclamación la resolución siguiente:

«La primera reunión feminista italiana, aplaudiendo la iniciativa del comité organizador, presidido por la señora Schwitzer:

»1.^a Propone que se constituya primeramente una Liga nacional de defensa y emancipación de la mujer, y confía al mismo Comité la misión de redactar los estatutos y recibir las adhesiones.»

—¿Lo acordáis así?

Un enorme aplauso demostró la aprobación.

La vicepresidenta continuó:

—Votada por aclamación la primera conclusión, propongo á la Asamblea votar también, por aclamación esta otra:

«2.^a Se aprueba que se tiren 100.000 ejemplares del discurso pronunciado en la reunión de hoy por el Sr. Brandini, y que se reparta entre las mujeres de toda Italia, para popularizar la idea del feminismo *integral*; se encarga de la tirada y de la propaganda al Comité organizador.»

Nuevo estruendo de aplausos, como antes.

La profesora replica:

—Después de esto, oh mis queridas amigas, el principal objeto de la reunión está obtenido. El feminismo ha entrado en el dominio de los hechos sociales con un plebiscito solemne y triunfante. La hora avanzada y el cansancio de todos no nos permiten afrontar la discusión sobre el segundo y sobre el tercer punto de la orden del día. Pero dentro de poco nos volveremos á ver, para tratarlos con toda la seriedad que requieren ambos puntos. Entretanto, desearía que la Asamblea aceptase también esta moción:

«3.^a El Comité organizador queda encargado de estudiar y trazar un proyecto sobre ambos temas, y de presentarlo en la próxima reunión general.»

Aprobada la tercera propuesta, poniéndose en pie la mayor parte de los espectadores, siguió un vocerío, un movimiento vertiginoso, como cuando se echa el telón y el público se dispone á abandonar el teatro.

Pero la presidenta, que no quería que se disolviese la reunión sin que se oyese de nuevo su palabra, agitó la campanilla, gritando desesperadamente:

—¡Un momento! ¡Un momento!

Todos se apresuraron á escuchar. Y ella añadió:

—Toda vez que con las tres resoluciones votadas por aclamación, la actual Asamblea ha cumplido dignamente su obra, ¿no hay nadie que desee usar de la palabra?...

—¡Yo pido la palabra!

Á esta inesperada interrupción todos volvieron la cabeza hacia un palco segundo de donde había salido aquella voz. La nueva interlocutora, una conocidísima ninfa del *demi-monde*, aprovechándose del silencio general, se apresuró á decir con aire de superioridad condescendiente, de benignidad y de protección soberana hacia la reunión:

—Me parece que hoy se ha atizado el odio entre sexo y sexo para dirimir la cuestión del feminismo, y tal método sólo puede resultar perjudicial para el proletariado femenino. No el odio, sino el amor se necesita para hacer á la mujer igual al hombre. Nosotras dominamos al hombre con el amor, con la ternura, y con la suavidad de nuestros atractivos; con el odio y con la guerra permaneceremos desgraciadas, como un montón de gusanos. Propongo, por lo tanto, que se haga un llamamiento afectuoso á los sentimientos caballerescos de todos los hombres italianos, para excitarlos á respetar y tratar bien á las mujeres.

No hay pluma capaz de describir la escena tragi-cómica que se desarrolló entonces en la Asamblea. La presidenta parecía anonadada; los periodistas, delirantes de hilaridad; palcos y butacas palpitantes de alegría y jolgorio; en cambio las galerías, trocadas en un verdadero *pandemonium*, parecía que iban á hundirse bajo el tumulto. Ojos inflamados, gritos infernales, imprecaciones, silbidos, amenazas, todo expresaba la indignación y el furor del proletariado soberano contra aquella desvergonzada *horizontal* de la repleta burguesía, que había osado formular tal propuesta. Las palabras de *cumplimiento* que salían de las galerías, no pueden escribirse; pero se estrellaron ante el aspecto de la oradora que las acogía risueña y radiante, como lluvia de flores.

Pero, antes de que la presidenta pudiese dejarse oír para terminar la reunión con sus frases de decoro, otro incidente no menos clamoroso surgió en las butacas.

Un numeroso grupo de *horizontales* salió de ellas y se unió á la capitana, gritando furiosamente. De todas partes, y especialmente del gallinero, se protestó, se gritó. Pero ella no cedió con la falange macedónica que la defendía, gritando obstinadamente:

—¡Dejadle hablar! ¡Dejadle hablar!

En este momento el tumulto adquirió proporciones verdaderamente aterradoras. En la mesa de la presidencia se presentó de nuevo el delegado, para decirle algo. La señora Schwitzer, aturdida con aquel estrépito, se dejó caer en el sillón con tanta violencia, que éste se vino al suelo con un ruido espantoso.

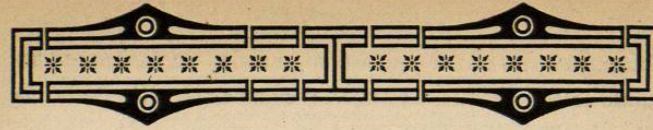
Pánico y silencio reinó de improviso en toda la Asamblea, pánico que aprovechó aquella desvergonzada para gritar:

—De todo se ha hablado aquí hoy; de los huevos, de las gallinas, de las plantas, de las bestias; pero no se ha dicho nada de la cosa más importante, esto es: que si nosotras las mujeres queremos mandar á los hombres, debemos ante todo reformar nuestro vestido. El hombre y la mujer, mientras son chiquitines, tienen el mismo traje; cuando llegan á ser mayores, el hombre se viste de hombre, y nosotras permanecemos en faldas y por eso nos tratan como muñecas toda la vida. Esta es una injusticia á que hay que poner remedio. Y toda vez que la mujer no puede vestirse en pantalones, porque esté destinada á la maternidad, propongo que se divida el mal en dos partes, adoptando un vestido único para el hombre y para la mujer... conforme al figurín viviente de la señora *Svizera, Svicera Squicara, Escrófula*, víbora—gritaron á coro y aplaudiendo las amazonas que componían la falange macedónica que rodeaba á la oradora.

Lo que después ocurrió y la manera con que fué cerrada la

Asamblea, pueden imaginárselo los lectores. Gritos, puñetazos, intervención del delegado de la autoridad, y otras cosas más. No hubo, sin embargo, ninguna desgracia personal.

En las reseñas publicadas al siguiente día en los periódicos sobre el gran acontecimiento de aquella primera Asamblea feminista, los incidentes que pudieron comprometer la dignidad de la presidencia fueron todos eliminados. Decían las malas lenguas que la mayor parte de los periodistas habían sido pagados para que no hablasen. No faltó, sin embargo, un diario independiente que refirió lo sucedido y hasta publicó una caricatura del Congreso *integral*, que se vendió como pan bendito.



IX

Tempestad salvadora.

LA visita de la Schwitzer, había dejado en el ánimo de Ida una impresión profundamente amarga y penosa. Cuantas veces volvía á ella con el pensamiento, sentía que su corazón se estremecía con un presentimiento amargo: el de que aquella presuntuosa trataría de vengarse de la arrogancia, por la cual una oscura telegrafista había rechazado el singular honor de servirle de compañera en la grandiosa empresa del feminismo *integral*.

Los hechos, debían demostrarle que su presentimiento no la había engañado.

Una mañana, mientras se disponía á salir de casa para ir á misa antes de marcharse á la oficina, recibió por el correo dos periódicos, cuyos títulos no le eran desconocidos; uno de ellos era órgano de la masonería, y el otro del socialismo. Aunque al principio se negó á leerlos, una curiosidad invencible la empujaba á pasar los ojos por aquellas líneas.

Después de algunas vacilaciones, no pudo resistir más, y abrió el primer periódico, que era ilustrado, deteniéndose en una caricatura pintada de rojo, con este título: *Las oficinas de*